

Guillermo Ibáñez



26 Poemas Fundamentales

Ediciones Poesía de Rosario

Guillermo Ibáñez

26

Poemas Fundamentales

Ediciones Poesía de Rosario

Prólogo

Diario de una lectura y posteriores relecturas de “26 Poemas Fundamentales”, de Guillermo Ibáñez

Nacía un potro bajo las hojas de bronce. Un hombre puso bayas amargas en nuestras manos. Extranjero. Que pasaba. Y he aquí que se habla de otras provincias a mi gusto... “Os saludo, hija mía, bajo el más grande de los árboles del año”.

Saint-John Perse

Hoy que escribo estas líneas sobre la poesía de Guillermo Ibáñez, condensada en su nuevo libro, “26 Poemas Fundamentales”, viene a mi memoria un hecho tal vez minúsculo pero para mí llamativo, sucedido hace varios años y luego repetido.

Yo me encontraba preparando los borradores de un ensayo breve sobre la poesía de Juan Laurentino Ortiz, a quien pensaba visitar en su casa de Entre Ríos. Iba a entrevistarlo –abusando de su bondad- para aclarar algunos puntos que había relevado en su poética, por entonces para mí oscuros. Mi corto viaje desde Buenos Aires estaba programado para una fecha, pero antes de ella Juan L. Ortiz murió y todo quedó en la nada, inclusive la publicación de mi ensayo, que se produjo bastante después, en 1985.

Pero poco después de aquel fallido encuentro con Ortiz sucedió aquello. Lo recuerdo muy bien.

Yo había perdido mi ejemplar de la Antología Poética de Saint-John Perse, una de aquellas hermosas ediciones con tapa dura que imprimía la Compañía General Fabril Editora en los ´60 y, aunque llevaba largo tiempo buscando otra copia por las librerías de viejo de Buenos Aires, la antología de Perse venía esquivándome reiteradamente, como Moby Dick al capitán Ahab. En esos días grises que siguieron a la muerte de Juanele, finalmente la encontré, en una librería de saldos del barrio de Flores, entre ejemplares de Tiburón y de Aeropuerto, como si fuera una orquídea florecida en un basural. Qué grande fue mi sorpresa al comprobar, ya en casa, que se trataba del mismo ejemplar que yo había perdido años atrás: las marcas de un libro son como las de un cuerpo, ya no se borran. Mi natural no es supersticioso y el pensamiento mágico me parece un inofensivo entretenimiento si lo empleamos sólo para

divertirnos, pero el recupero disparó, por supuesto, varias asociaciones que felizmente no recuerdo con exactitud. Luego, el hecho fue saludablemente olvidado, aunque tanto le hubiese gustado a André Bretón y sus secuaces.

Volví a perder el libro antes recuperado hacia el final de los '80, entre mudanzas, y finalmente me mudé otra vez sin él, a Nueva York, de donde volví en 1993. Desde entonces, otra vez en Buenos Aires, seguí sin él hasta hace unos días, mientras leía y releía los poemas de Guillermo Ibáñez, que el autor tuvo la gentileza de enviarme por mail. Acostumbro leer muchas veces los textos sobre los que voy a escribir, por lo que hice una impresión de "26 Poemas Fundamentales" para llevarla conmigo y whisky de por medio, me instalé cómodamente a releerla en un café. En la esquina que está en diagonal, hay una librería de nuevos y usados y allí me dirigí, ya con algunas ideas firmes sobre la poesía de Ibáñez. Distraídamente y con la copia de "26 Poemas Fundamentales" bajo el brazo, estaba examinando las hileras de usados en ese lugar, cuando más viejo y gastado, con una cubierta de plástico que alguien le había adosado, me encontré de nuevo con mi antología de Saint-John Perse. La misma: al parecer, en su última etapa le había pertenecido a una mujer. Una letra fina había trazado su nombre en unas de las primeras páginas, para cubrirlo luego con densa tinta negra, que apenas deja ver la impresión de las letras ocultas. A las marcas que ya le conocía, se habían sumado otras, entre ellas, la abominable costumbre de doblar las puntas de las páginas para señalar poemas preferidos. Desfigurado, seguía siendo el mismo ejemplar que yo había perdido y recobrado dos veces.

Yo no creo en la bibliomancia, y en mi última conversación con Héctor Yánover –hace ya varios años- inclusive nos burlamos hasta el disparate de esa supersticiosa consulta que algunos hacen, abriendo sin mirar las páginas de un libro para ver qué "claves" les proporciona ese azar. Una tontería que no abre lugar a dudas.

La tentación del juego, sin embargo, es parte del espíritu humano, como todas sus construcciones culturales: él las inventó y ellas, posteriormente, lo modificaron a él.

Además, tenía la posibilidad de no confiar en el azar, sino en dirigirme mejor a las páginas que la desconocida dueña anterior había elegido, sin saberlo, como "mensaje".

El primer doblez está perpetrado en la página 43, sobre la Canción primera de Anabasis:

Nacía un potro bajo las hojas de bronce. Un hombre puso bayas amargas en nuestras manos. Extranjero. Que pasaba. Y he aquí que se habla de otras

provincias a mi gusto... “Os saludo, hija mía, bajo el más grande de los árboles del año”.

¿Guardaba este reiterado encuentro alguna relación con la tarea que estaba desarrollando desde días antes, prologar la poesía de Guillermo Ibáñez? Me dije que no, en absoluto. Pero por alguna razón, que entonces no conocía, el suceso modificó los apuntes que llevaba haciendo sobre las características de los “26 Poemas Fundamentales”, un libro que había captado mi atención desde las primeras líneas.

Leer lo que escribió otro autor no permite la fabulación, la forzada relación entre textos disímiles, aunque tampoco posibilita la frialdad de las monografías universitarias, cuyos remedos tantas veces “adornan” los prólogos improvisados sobre la obra de otro.

Lo que se busca es transmitir las impresiones de una lectura ejercida desde el nivel mejor, desde el estrato de aquel que siente el placer de leer un libro por el placer mismo de leerlo, gozando de sus rincones y paisajes, atento sólo a las cosmogonías que ese texto le proporciona. Lo único que se supone que diferencia a la lectura del prologuista de la lectura ejercida por el lector habitual, es su pretendida capacidad de indagación de los sentidos del texto y de las formas empleadas para contenerlos: se trata de un punto de vista, una mirada ubicada más allá del placer, pero que no opera desde el vamos obviándolo, sino atravesando por su espacio precisamente para ir todavía más allá de él. La mirada del prologuista camina a través del placer de la lectura propia del lector habitual, pero no se queda allí, confortablemente instalado, aunque puede uno preguntarse: ¿si estoy instalado en el sitio del placer, por qué debo salirme de él, si es la satisfacción plena de mi deseo como lector, al ingresar a un libro como los “26 Poemas Fundamentales”? Para que nos movamos de tan agradable sitio, tiene que existir otro deseo, por lo menos tan firmemente determinado como el anterior, que posibilite arrancarnos del placer inicial para adentrarnos en otras profundidades, otros márgenes, definitivamente, otras indagaciones que necesitan del impulso de un deseo idóneo para ser realizadas.

Es en este sentido que operó mi reencuentro con este libro de Saint-John Perse al hallarme leyendo y releendo los poemas de Guillermo Ibáñez: como el disparador de ese deseo posterior, más allá de la tarea encomendada. Hasta entonces, me encontraba sumergido en el placer de leer sus versos, pero lo estaba haciendo como un lector habitual, entregado al gozo de descubrir a otro autor, indagar sí sus cosmogonías, el universo virtual, paralelo a aquél donde Ibáñez escribe sus versos y yo los leo, pero lejos todavía de la intención de quien comenta y describe e indaga en la poética de otro.

Aunque...

“Un hombre puso bayas amargas en nuestras manos. Extranjero. Que pasaba.”

Las marcas de Ibáñez

En la primera parte de “26 Poemas Fundamentales” abre el juego una clave, que está dada por “De los niveles”, un poema que advierte sobre la irrupción del lector en un universo abierto, pero fuertemente condensado en torno a la unicidad del sujeto autor, que tiene conciencia de su multiplicación en el otro como una dialéctica donde la identidad no se pierde, sino que se posterga, que es diferida en la multiplicidad. Esa individualidad que es la que crea el poema pero que no puede crearse a sí misma hasta que no se produzca un discurrir entre los otros, un periplo del que necesita para conformarse. En la aparente paradoja instalada por Ibáñez, el sujeto autor es definido como un hombre solitario que necesita tanto de los otros como del entorno no humano para ser, para alcanzar su mismidad, al tiempo que incorpora elementos que, ubicados fuera de lo humano, forman parte de ese viaje entre los seres y las cosas que habrá de resolverse en la identidad. En el sustrato, sin embargo, la misma conciencia que advierte que el sujeto es muchos -el “yo es otro” de Rimbaud- también se siente espectadora y entidad comprendida por lo que se encuentra fuera del área de lo humano, dado que como bien enuncia Ibáñez, esa conciencia gestora del poema es capaz de apreciar el decurso de un espacio / tiempo, la tarde hecha sinécdoque del tiempo y del espacio, pero asimismo se sabe capaz de olvidar el instante, lo que equivale a optar por el continuo en detrimento de lo particular. Este juego entre las partes y el todo es el resumen y la aseveración final de la mayor importancia del conjunto respecto de la parte, donde el colectivo es mayor que lo particular, aunque acertadamente se imponga luego el juicio de que es precisamente la conciencia ampliada del peso definitivo de lo colectivo lo que culmina por conformar lo individual. Asistiremos en “26 Poemas Fundamentales” a otras reverberaciones del mismo concepto inicial, pero el hecho de ubicar en el frontispicio de la colección de poemas a la que ingresamos esta aseveración fundamental, la exhibe como un eje del conjunto y una de las llaves de la necesaria hermenéutica que nos brinda el autor. Ibáñez nos recibe así, mostrándonos su multifacetada condición de sujeto creador / creado por su propio mundo poético.

El mismo dice, por si alguna duda cupiera en nuestra lectura que avanzó hacia el segundo poema, ratificándose en sus dichos: *“Recién consciente / de la nidad del ser / salí a la luz./ Transité corredores,/ y apenas conseguí/ la*

primera llave / ignorando aún / innumerables puertas.”. Estos siete versos abren otra instancia que amplía aun más lo referido en los anteriores: los “26 Poemas Fundamentales” son un largo viaje, breve en términos de la horizontal extensión del texto –le alcanzan 888 palabras para hacerlo- pero extensos en otra dimensión cara a la poesía, que es la de la profundidad, cuyo norte es precisamente la adquisición del dominio de esa conciencia que se sabe plurifacética, multidimensional, que se extiende más allá del sujeto pero que conoce que en su periplo no hay una pérdida de esa individualidad, sino muy por el contrario un apropiamiento, un conocimiento de sus extendidos límites, que están expandidos inclusive más allá de lo humano.

Una de las facultades del decir poético es esta capacidad de ir más allá de los límites de los significantes –es la única forma del lenguaje capaz de lograrlo o siquiera de aproximarse hasta esas delimitaciones y por momentos, desbordarlas- y en los versos de Guillermo Ibáñez asistimos cabalmente a una exposición de esas capacidades. De hecho, en tan exigua cantidad de palabras es capaz de sintetizar este viaje hacia la conciencia que abarca tanto lo general como lo particular, un trayecto que lo lleva a incursionar en la aparente descriptiva, con otros fines: la apropiación de lo objetivo, que es ingerido por el universo virtual desde donde el poeta nos habla. Aquí sí, como Juan L. Ortiz lo hace, el sujeto narrante se borra del cuadro, para dar lugar a una explicitación de aquello que en el lenguaje corriente estaría fuera por completo de sus capacidades expresivas, pero que en Ortiz y en Ibáñez es atravesado por esa misma voz narrante, que aparentemente desaparece para –por el contrario- dominante, agregar lo objetivo a lo subjetivo de su decir. Continuando con el recorrido de Ibáñez a lo largo de los “26 Poemas Fundamentales”, esta capacidad se observa claramente en el poema 3: “*Finos tallos/ sostienen la flor. / Frágil telaraña / interpuesta, / entre cielo y ojos / - sólo hilos- / sostienen / la existencia.*”; en el 5: “*Relente de campos, / adormecido bajo las estrellas. / Música chirriante de grillos / croar uniforme de aguas.*”; en el 16, por citar otro ejemplo: *Por los aires /en distancia interior / dentro del círculo / parece la carne / sin dejar huella. / En cada ser que no llega / muere toda vida.*”

Es aquí que no puedo dejar de evocar otra parte de la señalada Canción primera de Anabasis, posiblemente a mi pesar, pues yo no creo en los vasos comunicantes entre las distintas partes de la realidad, como gustaba de enunciar Bretón: “*Y he aquí que se habla de otras provincias a mi gusto...*”.

El devenir de la conciencia en Ibáñez

En el poema 7, sin embargo, el trasfondo de la conciencia que busca su encerrada claridad vuelve a ocupar el primer plano, pues tal es el objeto

definitivo del conjunto de los poemas, esa revelación: *“Ahí delante / fuera de sí./ Fuera él mismo / fuera vos mismo de vos. / Por dentro / la eternidad / de la espera / para realizar / el ritual definitivo.”*. El poeta fuerza el lenguaje hasta lo paradójico a fin de dar cuenta del objetivo, que todavía es vislumbre de la transición de la conciencia que atravesó ese baño de objetividad / eternidad, para volver a asumir los límites de lo particular regenerada por su ampliación anterior. Es un *“fuera vos mismo de vos”*, que emplea el voceo muy acertadamente –y es éste un ejercicio muy difícil- para dar el justo tono de lo muy personal en un trance donde lo individual se refiere a sí mismo al tiempo que alude a lo que está fuera de él mismo. El *“ritual definitivo”*, tras este desenmascaramiento, es la consecuencia necesaria de este proceso anterior: no en balde, después, el poeta titula *“Alquímico”* al poema número 20, aludiendo a esta transformación: *Arribaré al fin de la búsqueda / -labrador incansable de metales- / en la invocación fructífera / del "padre de la piedra". / Que venga hacia el mito / construido de su ausencia...*, dice Ibáñez. Es en el mito donde encuentra la imagen necesaria para terminar de decir respecto del *“viaje”* iniciático de esa conciencia que primero se hace consciente de sí misma, luego de su relación con el entorno humano y con lo objetivo no humano, para volver a sí misma no alienada en lo exterior, sino acrecentada por el trayecto.

Queda mucho por decir respecto de estas 888 palabras que nos brindó Ibáñez, empleadas para dar cuenta de un cometido constante de la buena poesía, que en definitiva, es la única poesía que existe, siendo lo externo a ella remedo, copia, a lo sumo, buena y fallida intención. En *“26 Poemas Fundamentales”*, que tan bien justifica su título, hay elementos suficientes para un trabajo más vasto, que excede largamente las posibilidades de este simple texto liminar, una sombra apenas de lo que aguarda al lector en las siguientes páginas. Mal que me pese, tengo que rendirme ante la evidencia de que las casuales palabras de Perse, en el fragmento citado por una desconocida y en un libro perdido y varias veces recuperado, caen de maravillas para saludar a esta breve pero hondísima colección de poemas de Guillermo Ibáñez, hoy que llega a manos del lector:

“Os saludo, hija mía, bajo el más grande de los árboles del año”.

Luis Benítez
Buenos Aires, agosto de 2007

1

De los niveles

**Advierto que soy tantos y nunca uno
que la unidad a la que aspiro**

**será después del recorrido
un conjugar a los hombres que me habitan.**

**Hombre solitario con mujer e hijo.
Hombre solitario precisando al amigo
o la calle, la lluvia, el humo**

**viendo transcurrir una tarde
hasta olvidar el aliento del día.**

2

**Recién consciente
de la nidad del ser**

salí a la luz.

**Transité corredores,
y apenas conseguí**

la primera llave

**ignorando aún
innumerables puertas.**

3

**Finos tallos
sostienen
la flor.**

**Frágil telaraña
interpuesta,
entre cielo y ojos**

**-sólo hilos-
sostienen
la existencia.**

4

**Mirada refugiada
en ningún sitio.**

**Goce
en extravío.**

Devenir viento.

**Nutrir de árbol,
lluvia.**

**Gota queda al
borde del pétalo.**

5

**Relente de campos,
adormecido bajo las estrellas.**

**Música chirriante de grillos
croar uniforme de aguas.**

6

**Soterrado lenguaje
que guarda horas imborrables.**

**Oculto lastre de noches,
cifrada voz que busca olvido.**

Memoria.

7

**Ahí delante
fuera de sí.**

**Fuera él mismo
fuera vos mismo de vos.**

**Por dentro
la eternidad de la espera**

**para realizar
el ritual definitivo.**

8

**Por un ingrátido hueco
de espacio empieza.**

**Sale de lo formal
ingresa a un tiempo**

**en el que no es posible
huir de la existencia.**

9

**Lugar en el que pueda
crearse vida.**

**Restaurando un reino
de cipreses
coronado por aves celestiales.**

**Arriba a su imaginación
después de gastar realidades**

**que han borrado uno a uno
sus mínimos deseos.**

10

Luz.

**Prueba
de fuego por
la que atraviesa.**

11

I

**Dentro hay un testigo
que observa la caída.**

**Zozobró a merced
de ideas encarceladas.**

**Refugiado en crecida noche
desprovisto de palabra.**

II

**Dio testimonio de
naufragios y derrotas.**

**Asilado en la penumbra
habla de abandono.**

**Despojándose
de todas las cosas**

**recién entonces
pudo hablar de libertad.**

12

**Urde la trama de los días
elige o renuncia**

**acepta sin miramientos
o usa máscaras del mundo.**

**La palabra oculta la esencia
como ardid de memoria.**

13

**En la secreta lucidez de la noche
busca voces, alcanza sentidos.**

Un lenguaje que brote del alma.

**Expresión revelada en sueños
vedada en el tedio de los días.**

**Busca la noche y en ella
la palabra.**

a Héctor Yánover

**Canta himnos, traduce en palabras
ternuras y caricias**

**amores, hijos, amigos,
lejanías y memorias.**

**Canta a la dulzura, al dolor,
a soles y ocasos.**

**Dilapida sueños, olvida los males
y ordena la vida con el canto.**

**Himnos por caminar, cielos, mares,
himnos al frío y al manso verano.**

**Al libre sosiego, al ser apasionado.
A músicas y a lares**

**a lo fútil y a lo eterno
vivos recuerdos de cielos derramados.**

**Himnos a lo que vendrá del amor
al vacío y a la “hartura de lo amado”**

15

**Arrebola
las mejillas
del atardecer
la mirada
al sol.**

16

**Por los aires
en distancia interior
dentro del círculo
perece la carne
sin dejar huella.
En cada ser que no llega
muere toda vida.**

**La vida, más que el pensar
trasciende los límites de tiempo.**

**Inquiere en la palabra
esos contornos del hombre.**

**Columbra detrás
de murallas de nombres**

**una agitación distinta,
un color y una mirada**

**más ardientes
que las de afuera.**

por J. S. Bach

**Revivo al intuirte
entre las notas del órgano**

**místicas tocata y fuga
que elevan hacia adentro**

**hacia el colmo augural
de la noche**

**hasta el anatema vibrátil
del sonido donde habitas.**

19

**Vivo acorde a lo que siento
despojado de encierros**

**en un valor distinto que
eleva la batalla al infinito.**

**Permanezco despierto, a pesar
de los días y el cansancio.**

20

Alquímico

**Arribaré al fin de la búsqueda
- labrador incansable de metales-**

**en la invocación fructífera
del "padre de la piedra".**

**Que venga hacia el mito
construido de su ausencia**

**y reifique el
tiempo de los hombres.**

a H. Hesse. y W. Whitman

**Accede al silencio
con la vibración
dejada por la palabra.**

**Olvida ecos
está quieto
tendido en la hierba.**

**Sólo subsiste
la apenas audible
melodía de los pájaros.**

**Mira el cielo.
Escucha el crecer de esos
otros cantos que trae la noche**

**hasta sentir que laten
dentro suyo
pequeñas intensidades.**

22

**Sigue su camino de voces
permanece libre.**

**Asciende sobre
instintos y deseos.**

**Pretéritos atisbos
alcanzan distancias.**

23

**Si se tienen ataduras
patria, credo, hogar**

**vínculos que condicionan
los pasos.**

**Si se tiene vuelo
y ganas de volar**

**arranca esas cadenas
emigra hacia otro espacio.**

**La costumbre de un lugar, priva
de encontrar principios a cada instante.**

**Cuando los ojos no perciban figuras,
la mirada se nuble de luz**

**el aliento sea el de la tarde y la noche,
los dedos acaricien la piel del viento.**

**Cuando todo sea diáfana mañana
música única, leve, de pájaros.**

**Los ojos queden fijos en la distancia
alrededor lo demás se disipe**

**y crezca claridad por todas partes
habremos alcanzado la distancia.**

**Anónima presencia,
gesto en la quietud del aire.**

**Imprecisos anaqueles de tiempo
vientos estremeciendo sensaciones.**

**Países de sombra donde exista luz
detrás de los muros que la guardan.**

**Epitafios escritos para muertes propias.
Rutina de extravío, peregrinar infancias.**

**Luces, única luz que ilusiona
o funde retina en sus fulgores.**

**Cosas, barcos que no han llegado
al puerto de las imaginaciones.**

Guillermo Ibáñez nació en Rosario, Argentina, en 1949. Ha publicado una veintena de libros de poesía y narrativa y dirigido varias revistas literarias, entre las que por su trascendencia, cabe destacar “Runa” en los 60’y 70’ y “Poesía de Rosario”, que aparece desde los 90’.

Sus obras más destacadas de los últimos años, se encuentra en los volúmenes:”Árbol de la memoria”(de carácter antológico, con un ensayo de su obra del poeta Eduardo D’Anna), “De la metáfora, el mito” y “Libro del viento”, éstos dos últimos en proceso de edición gráfica, en poesía.

En narrativa ”El Personaje y otros cuentos”(prologado por Rosa Boldori), “Contornos de Juego” (prologado por Alberto Lagunas) y “La octava esfera” .

Asimismo, su voz, ha sido registrada en “Voces de poetas” y “La noche es un mito de esperas”.

Su bibliografía completa, ensayos, y actividad periodística, como así la totalidad de sus libros, están en el sitio: www.guillermoibaniez.com.ar

Ha publicado en Internet en las páginas de: Libros Tauro, Poética, Literatura Ecuatoriana, Poesía y Sentimientos, Poesía Breve, Antología Hispanoamericana, Isla Negra, Yo tenía una balsa, Red mundial de escritores en español, Poetas del mundo, Poemaria, Lexia, Ningó, encuentros y desencuentros, Isla poética, Alonso de Molina, Guía Cultural, Isla poética, Juglaría, entre otras.

Su correo es: poesiaderosario@hotmail.com

Sus teléfonos son: 54 341 437 2325 y celular: 54 341 5 098 908

Domicilio: Carlos María de Alvear 350, 2000, Rosario, Provincia de Santa Fe, República Argentina.

Editado por
Ediciones Poesía de Rosario
Agosto de 2007

Sólo para Internet